

José Antonio Antón Pacheco

FORMAS
DE LA FORMA

DETERMINACIÓN FORMAL
E INDETERMINACIÓN



SENDEROS

© José Antonio Antón Pacheco
© Editorial Senderos (2021)

ISBN: 978-84-122414-8-8
DL: SE-2.049-2021

PRODUCCIÓN EDITORIAL: Los Papeles del Sitio
DISEÑO DE CUBIERTA: Laura Anaya

EDITORIAL SENDEROS
C/ Poeta Manuel Benítez Carrasco - Bloque 6 - Local 7
41013-Sevilla (ESPAÑA)

[Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización]

ÍNDICE

<i>NOTA PREVIA</i>	11
<i>I</i>	13
<i>2</i>	23
<i>3</i>	37
<i>4</i>	43
<i>5</i>	51
<i>6</i>	57
<i>7</i>	65
<i>8</i>	87
<i>9</i>	93
<i>10</i>	101
<i>11</i>	107
 <i>BIBLIOGRAFÍA</i>	 109

NOTA PREVIA

EN un principio, este ensayo debía llevar por título *Forma e indeterminación: revisión de un problema clásico de filosofía, mística y arte en Oriente y en Occidente*, pero parecía demasiado ambicioso, por no decir presuntuoso. Sin duda lo es. No obstante, la intención es abordar la decisiva cuestión metafísica de lo determinado e indeterminado. No para tratar el tema exhaustivamente, claro está (eso es algo que rebasa mis posibilidades), sino para hacer calas en algunos aspectos que me parecen relevantes a la hora de aportar luz a estos contenidos. Para llevar a cabo estas calas se ha recurrido a muestras sacadas de Oriente y Occidente, de tal modo que la visión obtenida fuera lo más universal posible. En el fondo latía la convicción de que en los dos ámbitos reposa una unánime coincidencia de planteamientos y respuestas (al menos en algunos planteamientos y respuestas). También me ha parecido interesante asomarnos al arte y a la literatura, pues son espejos que reflejan la interioridad del problema (algunas veces mejor que el pensamiento conceptual).

El origen de este texto se encuentra en la conferencia que llevaba por nombre el título más arriba citado, conferencia que dicté en el marco del XVII Encuentro del Círculo de Estudios Espirituales Comparados (noviembre, 2019, Arenas de San Pedro), cuyo tema monográfico era «Formas de la imaginación y teofanías más allá de la forma». Posteriormente, a esta conferencia se le dio forma escrita para ser publicada como artículo en la revista

argentina *Oriente-Occidente*. Pero dado lo inagotable del tema, he vuelto sobre él para añadir algunas otras pautas que lo puedan hacer más comprensivo.



1

CON respecto a las cuestiones referentes a las formas de la imagen (y la imaginación) y las teofanías más allá de las formas, las categorías de determinación e indeterminación ontológicas se nos presentan como dos modos fundamentales de enfocar el problema. De hecho, estas dos nociones van a estar siempre presentes en los tratamientos que hagamos de estos temas y de las consecuencias y derivaciones que dimanen de esos mismos temas. Es decir, que determinación e indeterminación se convierten en opciones raigales y esa alternativa metafísica va a estar en el fondo de posiciones filosóficas, teológicas, místicas, literarias y artísticas. Es más, la misma vida cotidiana se ve influida de una u otra manera según rija la determinación o la indeterminación. Vayamos, pues, a aclarar la significación del predominio de la determinación o el de la indeterminación.

Entendemos por primacía ontológica de la determinación cuando se considera la forma como la cúspide de la jerarquía metafísica. Se valora entonces la identidad individual, la persona, la diferencia, la intrínseca pertenencia de algo consigo mismo; la determinación, en suma. Existen dos ámbitos culturales donde se aprecia de manera paradigmática este predominio de la determinación ontológica: uno es el griego y el otro es el iranio, o mejor indoiranio, ya que la dimensión védica coincide en gran medida con la avéstica. Siempre resulta muy difícil y muy aventurado intentar sintetizar toda una cultura con una o varias categorías. No obstante, creo que la noción de forma, en cualquiera de sus variantes, puede servir para nombrar de modo ejemplar a los ámbitos griego e iranio. Cuando hablamos de forma, hablamos también de determinación, idea, configuración. Repasemos ahora algunas de esas palabras fundamentales del mundo griego (fundamentales en el sentido en que ponen fundamento) e intentemos ver su modo de actuar.

Desde luego, los dos primeros términos que mejor definen la determinación en el mundo griego son *eidós* y *morfé* (idea y forma). De origen platónico y aristotélico respectivamente, designan toda realidad configurada y diferenciada; o mejor, toda realidad en cuanto configuración y diferenciación: aquello que es, aquello que tiene presencia se presenta siempre como *eidós-idea* y como *morfé*. La categoría de forma se nos muestra, pues, como la más determinante, dado que todo lo que es, es de alguna manera forma, pues si no, ni siquiera aparecería; y lo que más es, es aquello que es más realidad formal, configurada y determinada. Sin duda, la idea de Platón y la forma de Aristóteles han sido extraídas de ese acervo de profundas intuiciones pertenecientes a la Grecia arcaica.

Y junto con la noción de logos, nos pueden servir para definir la esencia raigal de lo griego.

Logos es otro de los términos fundamentales para comprender la substancia de la Hélade. Pero logos, y la forma verbal *legein*, significan originariamente reunir, ordenar, escoger, diferenciar. Esto es: se reúne algo como algo, se ordena algo como algo, se escoge algo como algo, se diferencia algo de algo, pero todo ello es así porque lo real se manifiesta como lo previamente reunido, ordenado, determinado, diferenciado. Si logos puede tener también el sentido de palabra, número o discurso es porque se apalabra o se numera lo dado ahí de antemano. Posiblemente logos sea el término que mejor recoja, por su amplitud significativa, la noción de determinación y además el término que mejor representa lo griego. Por cierto, la representación (ya sensible, ya inteligible) es concomitante al logos, pues el hecho de determinar de manera intrínseca y formal denota siempre la configuración de un aspecto (Morani, 2011).

Dike es justicia, pero arcaicamente no justicia en sentido forense sino justicia como distribución o adjudicación de partes. Distribuir y adjudicar significa dar a cada cosa una determinación, delimitarla como tal. La *Dike* como diosa suprema cumple la función de donadora universal de parte, lote o límite (así aparece en Heráclito y Parménides). De aquí se deriva que la justicia forense se entienda como dar a cada uno lo suyo. Pero para dar a cada uno lo suyo ello mismo debe estar dado de antemano como tal, reunido como tal. En definitiva, la *Dike* reúne, configura y ordena a cada cosa en su determinación intrínseca. La raíz indoeuropea de donde proviene *Dike* es **deik*: *dis* en sánscrito, *deiknumi* (señalar con el dedo, lo déictico) en griego y *dico* en latín (en español te-

nemos dirección): en todos los casos resalta la idea de referirse a algo como algo, mostrar o señalar algo como ese algo, determinar algo como tal algo. La dirección señala algo en su ubicación y ordena determinadamente un espacio. Al ser *Dike* una diosa, la acción prístina de otorgamiento de determinación es también el otorgamiento de sacralidad.

Tampoco tiene un sentido político originario la palabra *nomos* o ley. *Nomos* es en efecto la ley, el ordenamiento, pero ley como atribución, una vez más una ley que delimita y en esa delimitación constituye. El verbo *nemein* significa repartir, asignar, distribuir. De esta misma raíz surge *nomós*, prado, campo, distrito; es decir, lo repartido según la ley y el derecho. No es casualidad esta conexión entre la ley y la pertenencia a un lugar circunscrito y determinado. Por eso dice Heráclito:

Ha de luchar el pueblo por su ley igual que por su muralla (Frg. 44).

La ley, como la muralla, circunscribe y bojea el boje de la ciudad, esto es, hace que la ciudad sea precisamente ciudad. La medida, *metron*, designa por antonomasia la determinación, pues toda medida o número implica la discrecionalidad que introduce el límite en el continuo. Medir o numerar es ordenar y a través de ese ordenar constituir proporcionalidad, conformidad, armonía. La medida es la victoria de la determinación frente a la turbación que provoca el pensamiento de la infinitud indeterminada. El número (*arizmós*), pues, se erige como categoría fundamental de la ontología originaria, por lo que tiene de ordenación, de inteligibilidad, de capacidad comprensora, de lo resguardado como lo dado

de antemano. Por eso el ámbito del número es lo sagrado, porque designa en su discrecionalidad la noción de apertura cualitativa y significativa de la realidad (Zellini, 2018).

El número es la mayor expresión de la unidad (el hecho de que las cosas sean numerables y numeradas). Esta idea adquiere una especial importancia si la referimos al terreno uránico, ya que aquí el valor regulador y sagrado de los astros y sus circunvalaciones se nos manifiesta con toda su potencia: es la evidencia de que la regularidad del número lo rige todo. Ésta es la explicación de que el pitagorismo (la primera reflexión sistemática sobre el número) atravesase toda la filosofía griega. Además, el número está emparentado íntimamente con el logos en cuanto relación (otro de los significados de logos), por lo que la consecución y proyección determinadoras de las funciones matemáticas constituyen las determinaciones de lo real, dado que la relación es un modo esencial de inteligibilidad y ordenación.

La noción de límite, *peras*, sobresale como una noción que se corresponde con todas estas categorías que estamos viendo. En efecto, el límite hace que cada cosa sea ella misma y no otra cosa; otorga ser y concreción por el hecho mismo de limitar. Por eso el *ápeiron* de Anaximandro (según su famoso fragmento A 9), hay que traducirlo por lo insondable mejor que como lo infinito, ateniéndonos además al significado que ese término tiene en Homero, Hesíodo y Píndaro. El límite, *peras*, es por tanto perfección en cuanto se cierra sobre sí en su realización formal.

A la contra, podemos muy bien hacernos una idea del significado de determinación para los griegos si analizamos la *hybris*. Como se sabe, *hybris* es la desmesura o

ruptura del lote concedido a cada uno, de aquello destinado a cada uno como su pertenencia esencial. Si la Moira nos indica esa pertenencia al lote que nos corresponde, la *hybris* supone sobrepasar el límite de lo otorgado. Con la idea de *hybris* entendemos grandes argumentos de la cultura griega, por ejemplo, la tragedia: Edipo o Agamenón son modelos de cómo se comete *hybris*. Ambos personajes traspasan su Moira, el lote concedido a cada uno en tanto mortales. Edipo lo hace impremeditadamente, sin saber que mata a su padre, Layo, y se casa con su madre, Yocasta; Agamenón rompiendo los límites propios de un mortal por ser demasiado triunfador. Pero no importa la voluntariedad o no de la acción, pues la *hybris* se produce por la violencia metafísica a la intrínseca determinación de algo como algo. Por eso dice Heráclito:

Hay que extinguir la desmesura más que un incendio
(B 43).

E incluso el Sol puede incurrir en *hybris*:

El Sol no sobrepasará sus medidas; si lo hiciera, las Erinias, guardianas al servicio de la Dike, lo descubrirían
(B 94).

Pero desde mi punto de vista, si hay una palabra que paladinamente encierra los sentidos de forma y determinación es *daimon*. El *daimon* representa la dimensión espiritual y divina de cada uno. Es la parte otorgada a cada uno como determinación esencial, pero incidiendo en el aspecto sagrado y personal. El *daimon* es nuestro álter ego celeste, un yo trascendental que vela por nosotros. De esta manera, leemos en el papiro de Derveni:

A cada uno le corresponde un daimon (T 114)¹.

Tal vez la mejor traducción de *daimon* sea ángel de la guarda, como así lo ratifica Hesíodo.

Démones buenos, terrestres, guardianes de los hombres mortales (*Teogonía* 123).

Lo que de sagrado hay en nosotros pero que está fuera de nosotros: eso es el *daimon*. Precisamente, la felicidad, la *eudemonía*, consiste en poseer un buen *daimon*.

[...] dando todos sus cuidados al *daimon* y será singularmente feliz (*eudaimona*) (*Timeo* 90 a-c).

Pero hay *daimones* de uno y otro sentido para los hombres. Algunos liberan a los hombres cuando aparece el mal (Focílides. *Sent.* Fragm. 16).

Por tanto, tenemos aquí la determinación formal concedida a cada uno de tal modo que cada uno es convertido en intrínseca realidad personal. Así lo expresa Heráclito:

Para el hombre la morada es el daimon (B 119).

Ciertamente, *daimon* es una de esas categorías que definen a toda una cultura; en este caso, definen el ámbito griego como presidido por la determinación personal en relación con una circunscripción trascendente. Como dice Menandro:

[1] Ver Bernabé (2004).

Un *daimon* acompaña a cada hombre desde su nacimiento (Frag. 714).

La raíz de *daimon* lo emparenta con el verbo *daínumi* (dar, distribuir) y con *daís* (parte, porción). Una vez más, aflora aquí la idea de lo donado al hombre, de la parte concedida a cada uno. El *daimon* es, pues, el lote divino que se nos otorga:

El *daimon* que nos ha caído en suerte (Plotino, *Enéada* III, 4).

El *daimon* es lo que nos determina esencialmente y que, a modo de la *daena* irania, nos guía en el tránsito hacia la trascendencia, ya que se trata de una realidad personal y no de una mera categoría. Pues bien, me parece que todo lo dicho redundaría en las ideas de distribución, diferenciación, reunión, donación de partes, discriminación, delimitación; y todo ello confluye en la determinación como constitución esencial e intrínseca de toda realidad consigo misma. Todos estos términos, y la experiencia que ellos implican, posibilitan otra noción básica para el pensamiento griego: la *epiméleia*, el cuidado de sí y el cuidado del mundo. Pero difícilmente puede llevarse a cabo el cuidado de sí o el cuidado del mundo si de antemano no están dados como tales, si no se encuentran determinados como tales. El logos recoge y reúne y así la cosa puede ser resguardada y cuidada. Y lo que tiene que ser cuidado no puede caer en la desmesura, es decir, no puede exceder ni ser defectuoso, como lo indica muy bien Alcmeón de Crotona en un fragmento que alude a la salud como simetría (24 B 4), equilibrio de partes o repartición por igual (*isonomía*) de los elementos y

cualidades constitutivos del organismo. Y alude a la enfermedad como ruptura o desequilibrio de las partes, es decir, como *monarjía* o imposición de un elemento sobre los demás. La medicina es uno de los ámbitos propicios para la presencia de la *epiméleia*, junto con el logos como palabra y diálogo, y junto con el *ézos* como lo propio y adecuado de cada uno, como su morada o lugar donde residir como tal, términos ambos (logos y *ézos*) que designan la constitución armónica de la determinación. Pues la medicina y el médico se encargan de reestablecer armonía y determinación en lo que está desorganizado. Así, pues, las palabras del fundamento que fundan la metafísica griega son palabras que designan las formas de la determinación, la configuración de cada cosa como tal cosa.